

# Annie en mis pensamientos

Nancy Garden

Traducción de María Gay Moreno

Kakao  books

Esta historia no es real. Los personajes son ficticios y la Academia Foster no existe fuera de esta novela. La casa que comparten las profesoras Stevenson y Widmer es muy parecida a una casa donde una vez viví, una casa que adoraba; no obstante, hasta donde yo sé, allí nunca ocurrió ningún incidente como el que describo en este libro.

Nancy Garden

*Para todos nosotros*

*Está lloviendo, Annie.*

Eliza Winthrop, Liza, observó sorprendida las palabras que acababa de escribir. Era como si hubieran aparecido en la página que tenía ante sí sin que ella lo hubiera pretendido. Lo que había pretendido escribir era: «La casa de Frank Lloyd Wright en Bear Run, Pensilvania, es uno de los ejemplos más tempranos y admirables del uso que un arquitecto puede dar a los materiales de la naturaleza y de sus alrededores para...».

La lluvia de aquel noviembre gris golpeaba insistentemente la ventana de su pequeña habitación en la residencia de estudiantes, y el viento hacía que las gotas se pulverizaran contra el cristal. Liza pasó la página de su libreta y escribió:

*Querida Annie:*

*Llueve tanto como el día que nos conocimos, el noviembre pasado.*

*Las gotas son tan gordas que caen como en cintas, ¿te acuerdas?*

*Annie, ¿estás bien?*

*¿Eres feliz? ¿Encontraste lo que querías en California? ¿Aún cantas? Seguro que sí, pero no lo has mencionado en tus cartas. ¿A la gente se le pone la carne de gallina cuando cantas, como me pasaba a mí?*

*El otro día vi a una mujer que me recordó a tu abuela y pensé en ti, en tu habitación, en los gatos y en tu padre contando historias en el taxi aquel Día de Acción de Gracias. Justo entonces llegó tu última carta, donde dices que no me volverás a escribir hasta que tengas noticias mías.*

*Es verdad que no te he escrito desde la segunda semana que estuviste en el campamento de música este verano. Lo que pasa es que no podía dejar de pensar, de darle vueltas a lo que pasó, y no era capaz de escribirte. Lo siento. Sé que no es justo. No es nada justo, sobre todo, porque tus cartas han sido maravillosas y sé que voy a echarlas de menos. Pero no te culpo por no volver a escribir, de verdad.*

*Annie, supongo que todavía no soy capaz de escribirte, porque ya sé que no voy a enviar esta carta.*

Liza cerró los ojos y se pasó la mano distraídamente por el pelo moreno, corto y ya alborotado. Tenía unos hombros

encorvados que la hacían parecer, incluso de pie, más baja que su metro sesenta de estatura. Inconscientemente, hizo un par de rotaciones para intentar aliviar el dolor ocasionado por estar demasiado tiempo sentada ante su mesa de dibujo y luego en su escritorio. La chica que vivía enfrente solía meterse con ella por perfeccionista, pero muchos estudiantes de primero de Arquitectura habían llegado al MIT (el Instituto Tecnológico de Massachusetts) recién salidos de hacer prácticas en verano en grandes empresas, mientras que Liza había pasado las primeras semanas tratando de seguir el ritmo con la lengua fuera. Aun así, seguía habiendo un plano sin terminar en su mesa de dibujo y un trabajo sin terminar sobre Frank Lloyd Wright en su escritorio.

Liza soltó el bolígrafo, pero tras unos momentos lo volvió a coger.

*Creo que, antes de poder enviarte una carta, tengo que aclarar lo que pasó. Tengo que pensar en ello otra vez. En todo: en las partes malas y también las buenas. En nosotras y la casa, la profesora Stevenson y la profesora Widmer, Sally y Walt, la profesora Baxter, la directora Poindexter y los administradores,*

*mis padres y el pobre Chad totalmente desconcertado. Annie, algunas cosas me va a costar recordarlas.*

«Pero quiero recordar», pensó Liza mientras se acercaba a la ventana. «Ahora quiero recordar».

La lluvia ocultaba el río Charles y la mayor parte del campus; apenas podía ver el edificio de enfrente. Aun así, siguió mirándolo e imaginando que se trataba de... ¿Qué? ¿Su calle en Brooklyn Heights, en Nueva York, donde había vivido toda su vida hasta ahora? ¿Su antiguo instituto, la Academia Foster, que se encontraba a unas manzanas del apartamento de sus padres? ¿La calle de Annie en Manhattan; el instituto de Annie? O la misma Annie, aquel primer día de noviembre...

# I.

La profesora Widmer, que enseñaba Lengua en la Academia Foster, siempre decía que la mejor manera de empezar una historia es con el primer incidente importante o emocionante y que los detalles del fondo se rellenan después.

Así pues, yo voy a empezar con el lluvioso domingo del pasado noviembre en que conocí a Annie Kenyon.

Llevo queriendo ser arquitecta desde mucho antes de ser capaz de escribir la palabra, así que siempre he pasado mucho tiempo en museos. Aquel día, para concentrarme en las ideas que tenía para la casa solar que estaba diseñando en mi proyecto de fin de bachillerato, había ido al Museo Metropolitano de Arte a visitar el Templo de Dendur y el ala americana.



El museo estaba tan abarrotado que decidí empezar por el ala americana, ya que a veces hay menos gente allí, especialmente en la tercera planta, que era donde yo quería ir. Al principio parecía que iba a ser cierto: cuando llegué a lo alto de las escaleras, había tanto silencio que creí que tal vez no habría absolutamente nadie. Sin embargo, al comenzar a pasear por las estancias coloniales, oí a alguien cantar. Recuerdo que me detuve un instante a escuchar y después comencé a acercarme al sonido. Fue sobre todo por curiosidad, pero también porque, fuera quien fuera, tenía una voz preciosa.

Había una chica de mi edad —diecisiete años— sentada en la ventana de una de las estancias coloniales más antiguas, cantando y mirando al exterior. Yo sabía que más allá de esa ventana solo había un fondo pintado, pero, de alguna manera, la chica, su capa gris y la canción que cantaba me trasladaron a un ensueño donde la plantación *Plimoth* o la colonia de la bahía de Massachusetts se extendían tras el cristal. La chica bien podría haber sido una joven de la época colonial, y su canción daba la impresión de ser triste. No presté mucha atención a la letra.

Al cabo de un momento dejó de cantar, aunque no de mirar por la ventana.

—Sigue, por favor —me oí decir.

La chica se sobresaltó al escuchar mi voz y se dio la vuelta. Tenía el pelo negro muy largo, la cara redonda con una nariz diminuta y una expresión de tristeza en los labios, pero fueron sus ojos lo que me llamó más la atención. Eran tan negros como el pelo y daba la impresión de que ocultaban tras ellos más de lo que nadie pudiera imaginar.

—Oh —dijo, llevándose a la garganta una mano larga y esbelta que contrastaba con la forma redonda de su cara—. ¡Me has asustado! Pensaba que no había nadie. —Se envolvió todavía más en la capa.

—Era muy bonito lo que cantabas —dije rápidamente, antes de que me diera vergüenza. Le sonreí y ella me sonrió también, dubitativa, como si todavía estuviera recuperándose del sobresalto—. No sé qué canción era, pero me imagino totalmente a alguien de la época cantándola en esta sala.

La sonrisa de la chica se amplió y sus ojos chispearon por un instante.

—Ay, ¿de verdad? —dijo—. No era una canción real, me la estaba inventando sobre la marcha. Me había imaginado que era una chica en la época colonial que echaba de menos Inglaterra; ya sabes, a su mejor amiga y esas cosas. Y a su perro, porque le habían dejado llevarse al gato, pero no al perro. —Soltó una risita—. Seguro que el perro tenía un nombre superoriginal, como Bobby.

Yo también me reí, y luego no se me ocurrió nada más que decir. La chica caminó hacia la puerta y parecía que iba a marcharse, así que volví a hablar rápidamente.

—¿Vienes mucho por aquí? —Al instante, me dio mucha vergüenza lo estúpido que había sonado.

Ella no pareció pensar que era una pregunta estúpida. Sacudió la cabeza, como si fuera muy en serio, y respondió:

—No. Tengo que ensayar un montón, pero a veces me aburro. —Se sacó el pelo de la capa y lo dejó caer sobre sus hombros. La capa se le abrió un poco y pude ver que debajo llevaba unos pantalones de pana verdes y un jersey marrón muy poco coloniales.

—¿Ensayar? ¿Canto, dices? —pregunté.

Ella asintió y comentó distraída:

—Estoy en un grupo especial en el instituto y damos recitales de vez en cuando. Y tú, ¿vienes mucho por aquí? —  
Ahora estaba muy cerca de mí. Se apoyó en el marco de la puerta y giró la cabeza ligeramente.

Le dije que sí, le conté que quería ser arquitecta y que estaba trabajando en una casa solar. Cuando comenté que iba a ir al Templo de Dendur, ella respondió que solo lo había visto desde fuera del museo y me preguntó si me importaba que viniera conmigo.

Me sorprendió que no me importara, porque normalmente me gustaba ir sola a los museos, sobre todo cuando estaba trabajando en algo.

—No —le dije—. Es decir; vale. No, no me importa.

Caminamos hacia el piso inferior. Yo me sentía algo incómoda, y entonces se me ocurrió preguntar por fin:

—¿Cómo te llamas?

—Annie Kenyon —respondió ella—. Y eso... ¿qué es?

Yo contesté «Liza Winthrop» antes de darme cuenta de que Annie no me había preguntado el nombre. Acabábamos de llegar a la sección de arte medieval, instalada en una sala grande y abierta. Toda la parte trasera estaba ocupada por la impresionante reja dorada de hierro forjado de un coro. Annie la miraba fijamente con los ojos muy brillantes.

—Es de una catedral española —expliqué, orgullosa—. De 1668...

—Es preciosa —me interrumpió Annie. Siguió mirándola en silencio, como hipnotizada, y luego inclinó la cabeza como si estuviera rezando. Un par de personas que pasaban por allí la miraron con curiosidad, y yo intenté convencerme a mí misma de que era ridículo que me sintiera incómoda.

«Puedes irte si quieres», recuerdo pensar. «No conoces a esta chica en absoluto. A lo mejor está loca. A lo mejor es una fanática religiosa».

Pero no me fui y, al cabo de unos segundos, Annie se volvió hacia mí sonriendo.

—Lo siento si te he avergonzado —comentó mientras salíamos de la sala.

—No pasa nada —dije yo, pero aun así me aseguré de llevar a Annie rápidamente a la sala de armas y armaduras, que siempre solía atravesar de camino al templo. Esta sala es una de mis partes favoritas del museo: la entrada está flanqueada por caballeros a tamaño real vistiendo armaduras completas y montados a caballo. El primero de ellos está preparado para atacar con su lanza, que apunta al frente; es decir, a quien entre en la sala.

A Annie pareció encantarle. Creo que fue una de las primeras cosas que me hizo decidir que me caía muy bien, aunque también pensara que era algo rara.

—¡Oh, mira! —exclamó, adentrándose entre las filas de caballeros—. ¡Oh, son geniales! —Aceleró el paso haciendo florituras con una lanza imaginaria y luego empezó a brincar como si ella también fuera a caballo.

Una parte de mí quería hacer lo mismo. Ya he mencionado que los caballeros siempre me han encantado y, además, de pequeña estaba obsesionada con el rey Arturo. Sin embargo, la otra parte de mí estaba tiesa de vergüenza.

—Annie —empecé a decir, con el tono de advertencia que mi madre solía utilizar cuando mi hermano y yo nos portábamos mal de niños.

Pero en ese momento, Annie acababa de caerse de su caballo imaginario y había soltado su lanza. Desenvainó una espada imaginaria de forma tan convincente que despertó mi admiración a mi pesar, y cuando exclamó: «*En garde!* ¡Luchad o acabaré con vos!», supe que no iba a poder contener la sonrisa durante mucho más tiempo.

—Si no os enfrentáis a mí, caballero —dijo—, ¡lamentaréis el día en que me tirasteis del caballo en este verde bosque!

Tuve que reírme entonces: su fantasía era muy contagiosa. Además, me había dado cuenta de que en ese momento en la sala solo había dos niños que se encontraban en el otro extremo. No tardé mucho en dejar de resistirme: salté de mi caballo imaginario y exclamé, con mi mejor estilo artúrico:

—No seré yo quien se enfrente a un caballero desmontado desde mi corcel. Ahora que mis pies tocan la tierra, ¡no viviréis para contar la batalla del día de hoy! —Arrojé al

suelo mi lanza imaginaria y desenvainé una espada yo también.

—¡Vive Dios que vos tampoco! —gritó Annie, con una falta de lógica que nos haría reír más adelante—. ¡Preparaos para morir! —volvió a exclamar, amenazándome con su espada.

Enseguida empezamos a corretear y saltar entre las filas de caballeros, atacándonos con las espadas imaginarias e imprecándonos con insultos caballerescos. Tras el tercer insulto, los niños que estaban al otro lado de la sala se acercaron a mirar.

—¡Yo voy con la de la capa! —chilló uno—. ¡Dale fuerte, dale!

—Pues yo quiero que gane la del chubasquero —dijo su amigo—. ¡Vamos, vamos!

Annie y yo nos miramos y acordamos en silencio pelear hasta la muerte para el disfrute de nuestro público. El único problema era que yo no sabía bien cómo nos íbamos a poner de acuerdo sobre quién moriría y cuándo.



—¡Eh, vosotras! ¿Qué está pasando aquí? ¡Parad inmediatamente! ¿No sois ya un poco mayorcitas para estas cosas?

Noté que una mano me sujetaba el hombro con fuerza y, al girarme, me encontré con el uniforme de los guardias del museo coronado por una cara muy, muy roja y enfadada.

—Lo sentimos muchísimo, señor —dijo Annie con una expresión de inocencia tal que una no sabía cómo nadie era capaz de enfadarse con ella—. Los caballeros son tan... ¡magníficos! No los había visto nunca y me he dejado llevar.

El guardia gruñó, aflojó un poco la presión sobre mi hombro y volvió a decir:

—Sois un poco mayorcitas para estas cosas las dos. —Fulminó con la mirada a los dos niños, que en ese momento observaban la escena apiñados y con la boca abierta—. ¡Y a vosotros no se os ocurra imitarlas! —rugió mientras los niños huían como ratoncillos asustados.

Cuando se hubieron marchado del todo, el guardia volvió a mirarnos con el ceño fruncido, aunque el enfado no alcanzaba a sus ojos.

—No ha estado mal el combate —gruñó—. Tendrías que meteros en una compañía de teatro. Pero ya está bien —añadió agitando un dedo amenazante—. No lo hagáis más aquí, ¿de acuerdo?

—Desde luego, señor —dijo Annie, compungida.

Yo asentí, y las dos contuvimos el aliento mientras el guardia se alejaba con pasos pesados. En cuanto desapareció, nos echamos a reír.

—Ay, Liza —dijo Annie—, creo que nunca me lo había pasado tan bien.

—Ni yo —confesé—. Eh, ¿y sabes qué? Ni me ha dado vergüenza. Bueno, solo un poco al principio.

Entonces pasó algo curioso: nos miramos la una a la otra; es decir, nos miramos *de verdad* por primera vez. Y, por un momento, creo que no habría sido capaz de decir mi propio nombre ni dónde estaba. Nunca me había pasado algo así, y creo (no: sé) que me asusté.

No conseguí volver a hablar hasta después de un rato, e incluso entonces solo me salió decir:

—Vamos, al templo se va por aquí.

Pasamos en silencio por la zona de Egipto, y observé la cara de Annie cuando entramos en el ala Sackler y vio por fin el Templo de Dendur, con el estanque y el espacio abierto frente a él.

Es una visión que impacta a la mayoría de la gente, incluso a mí, a pesar de haberlo visitado muchas veces. Creo que es por la ausencia de sombras y por la luminosidad desnuda y pura, hasta en un día tan lluvioso como aquel. La luz penetra en haces a través de los paneles de cristal, tan abiertos como el cielo, y se refleja en el estanque, con lo que el espacio actual del templo parece tan vasto y cambiante como tuvo que ser su entorno original a orillas del Nilo, miles de años atrás.

Annie soltó una exclamación nada más entrar.

—¡Estamos en el exterior! —dijo—. Lo parece, vaya. Y lo parece mucho.

Extendió los brazos como intentando abarcarlo todo y dejó escapar el aliento en un suspiro exasperado, como si le frustrara no dar con las palabras adecuadas.

—Lo sé —dije yo, que tampoco había dado nunca con esas palabras, y Annie sonrió.

Después, con la espalda muy erguida, caminó lentamente junto al estanque y hacia el templo como si se tratara de la mismísima diosa Isis, que inspeccionaba el lugar por primera vez y lo aprobaba. Cuando volvió, se acercó tanto a mí que nuestras manos se habrían rozado si las hubiéramos movido.

—Gracias por enseñarme esto —me dijo—. Y la reja del coro también. —Se alejó un poco—. Esta sala es como tú. —Sonrió—. Luminosa y clara. No sombría, como la reja del coro y como yo.

—Pero si tú eres... —Me detuve al darme cuenta de que iba a decir «muy guapa», sorprendida y confundida ante mis pensamientos. La sonrisa de Annie se ensanchó, como si me hubiera leído el pensamiento, pero luego se alejó.

—Me tengo que ir, se está haciendo tarde —dijo.

—¿Dónde vives? —La pregunta se me escapó antes de que pudiera pensármelo mucho. Pero tampoco había motivo para no preguntar.

—Muy arriba —dijo Annie tras dudar un momento—. Mira.  
—Se apartó la capa y palpó uno de sus bolsillos, del que sacó un lápiz gastado y una libretita. Escribió su dirección y su número de teléfono, arrancó la página y me la dio—. Ahora tú.

Escribí mis datos yo también, y después seguimos charlando mientras volvíamos a atravesar la sección de Egipto y salíamos al lluvioso exterior. No recuerdo de qué hablamos, pero recuerdo haber sentido que algo importante acababa de ocurrir, y que las palabras no eran importantes.

Al cabo de unos minutos, Annie había subido a un autobús urbano y yo caminaba en dirección opuesta para coger el IRT hacia mi casa, en Brooklyn. Solo me di cuenta a mitad de camino de que no había pensado en nada de mi proyecto de la casa solar.